IDEAS Y FIGURAS

REVISTA SEMANAL DE CRITICA Y ARTE

FEDERICO VEGA Y VEGA
ADMINISTRADOR

ALBERTO GHIRALDO
DIRECTOR

Año I — BUENOS AIRES, 5 DE OCTUBRE DE 1909 — Número 16

GOYA. — Pese á la inmensa popularidad de que goza el nombre de este genial artista, sus obras permanecen en el misterio para la mayor parte del público y entre ellas, especialmente, sus inimitables *caprichos*,—tan famosos cuanto ignorados. Esta circunstancia excepcional es la que nos ha inducido á inaugurar con *Los caprichos de Goya* la série de números que IDEAS Y FIGURAS dedicará á los grandes maestros de la pintura y el dibujo.

Alberto Ghiraldo

Por JUAN MAS Y PI

APARECERÁ EN BREVE

UN VOLUMEN EN PROSA CON EL SIGUIENTE SUMARIO:

Alberto Ghiraldo. — Su personalidad. — Iniciación. «Fibras». — El luchador. «Gesta». — El periodista. «El Sol». — «Los Nuevos Caminos». — El poeta. «Música Prohibida». — «La Protesta». — «La Tiranía del frac...» — «Carne doliente». — El teatro de Ghiraldo. «Alas». «Alma Gaucha». «La Cruz». — «Triunfos Nuevos».

Precio 0,50 el ejemplar

Pedidos á la Imprenta Malena, Cuyo 2021, Bs. Aires, acompañados de su importe. Descuento á los libreros y agentes.

ALMA GAUCHA

POR

ALBERTO GHIRALDO

Apareció la 2ª edición

Precio: cincuenta centavos m|n.

Pídase en todos los kioscos

Venta por mayor, en lo de su editor: Pascual Mediano Kiosco Constitución, calle Brasil entre Lima y Buen Orden, frente á la Estación del Sud, Buenos Aires. Pedidos del interior se aceptan acompañados de su importe.

Obras del mismo autor: GESTA (3a. edición) y CARNE DOLIENTE. Precio: UN PESO MONEDA NACIONAL

AÑO I. Buenos Aires, Octubre 5 de 1909 Núm. 16

IDEAS Y FIGURAS

REVISTA SEMANAL DE CRÍTICA Y ARTE

FEDERICO VEGA Y VEGA
ADMINISTRADOR

ALBERTO GHIRALDO
DIRECTOR

Desertores

Sin piedad mandan tus hijos
á la guerra á que los maten...
¡Cómo se conoce, Patria,
que no eres tú quien los pare!

¡Patria!... ¡ay, pobre patria!... De cosas y más cosas funestas vienen noticias de tí!... ¿Cuándo llegarán nuevas de una verdadera época de florecimiento? de trabajo? de progreso? de sosiego? de bienestar?...

¿Le faltaba otra guerra al desangrado pueblo?...

En tanto llegan y llegan á estas costas los trasatlánticos abarrotados de emigrantes españoles... «¡Allí no se puede vivir!» — claman.

Las contribuciones, la renta, los réditos... y la guerra, por si algo faltaba...

¡La sangría suelta
por ande la vida del pobre se escapa!...

— Si con ir á matarnos se hubiera de pasar menos hambre... — dicen los pobres.

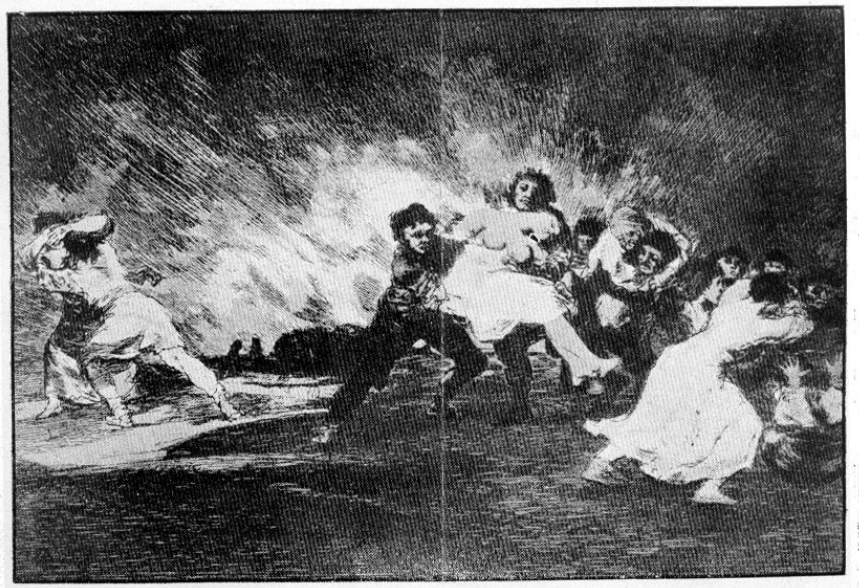
— Pelear por pelear, me parece cosa de locos ó de «dejaos» de la mano de Dios.

Y sigo escuchando aquellas voces de buenos patriotas que huyen suspirando de una patria que no demanda su concurso de obreros para engrandecerse y que les exige, en cambio, con bien rara manifestación de afecto maternal, en estéril holocausto, un constante sacrificio de vidas preciosas.

Dice un anciano, de cuyos hijos uno murió en Melilla y otro en la Manigua en guerras anteriores; un anciano que emigra con otros dos hijos, que también «sirvieron al rey», y una numerosa prole de nietos, próximos futuros soldados y ya desertores; dice el anciano:

— Se debe pelear para defender la hacienda ó para engrandecerla. Si se persigue la conquista de un territorio, debe ser con miras económicas y prácticas de una buena política de expansión, de progreso, de prosperidad.

Goya



Los desastres de la guerra

Pero ir á matarse hombres y hombres y á tirar millones, desangrando á una nación, arruinándola, por un quítame allá esas pajas ó para disputar un palmo de terreno que hoy es tuyo, mañana mío y luego tuyo otra vez, y así toda la vida!...

El suelo de Marruecos está regado, empapado, de sangre española, sembrado de huesos de infelices soldados que fueron otras tantas veces á pelear, ciegos cantando ó despiertos llorando, y ¿para qué? No hay un pedazo de tierra africana en poder de la patria que sirva para algo práctico y útil, ningún refugio para los que tienen que emigrar de la península, ningún pedazo de terruño que, cultivándolo, explotándolo en algún sentido, dé el pan que ha de negarles, forzosamente, la esquilmada, exhausta, madre tierra.

Existe un solo punto de Africa adonde van miles y miles de españoles... en donde viven y prosperan con el trabajo de sus brazos, con su saber de prácticos agricultores; pero este punto no es de España, que tira y tira ciegamente el dinero y la sangre de sus hijos... este punto es la Argelia francesa.

Con una serenidad trágica, se ha separado de mi el anciano rodeado de su prole de nietos desertores, y han seguido desfilando, con la suspirante queja en los labios, aquellos buenos patriotas que idolatran su tierra pero que huyen de ella, porque en ella hay gentes que padecen una pavorosa é insaciable sed de sangre!...

Las malas no son las tierras...
la «maldá» la «tién» los hombres...

Desfilan y desfilan emigrantes... forman un ejército... ¡el de los derrotados de la paz y del trabajo que van á la victoria!...

Entre los hombres, también pasan y pasan mujeres con caras de españolas, madrecitas jóvenes, que cruzan por estas calles, ahora invierno, acurrucando á sus nenes, casi recien nacidos, bajo el mantón... Estos nenes que vivirían allá casi muriéndose de hambre y que luego la patria, si llegaban á hombres, los mandaría á otra guerra!...

¡Cómo se conoce, patria,
que no eres tú quien los pare!

VICENTE MEDINA.

Rosario de Santa Fe, 1909.

Música de actualidad

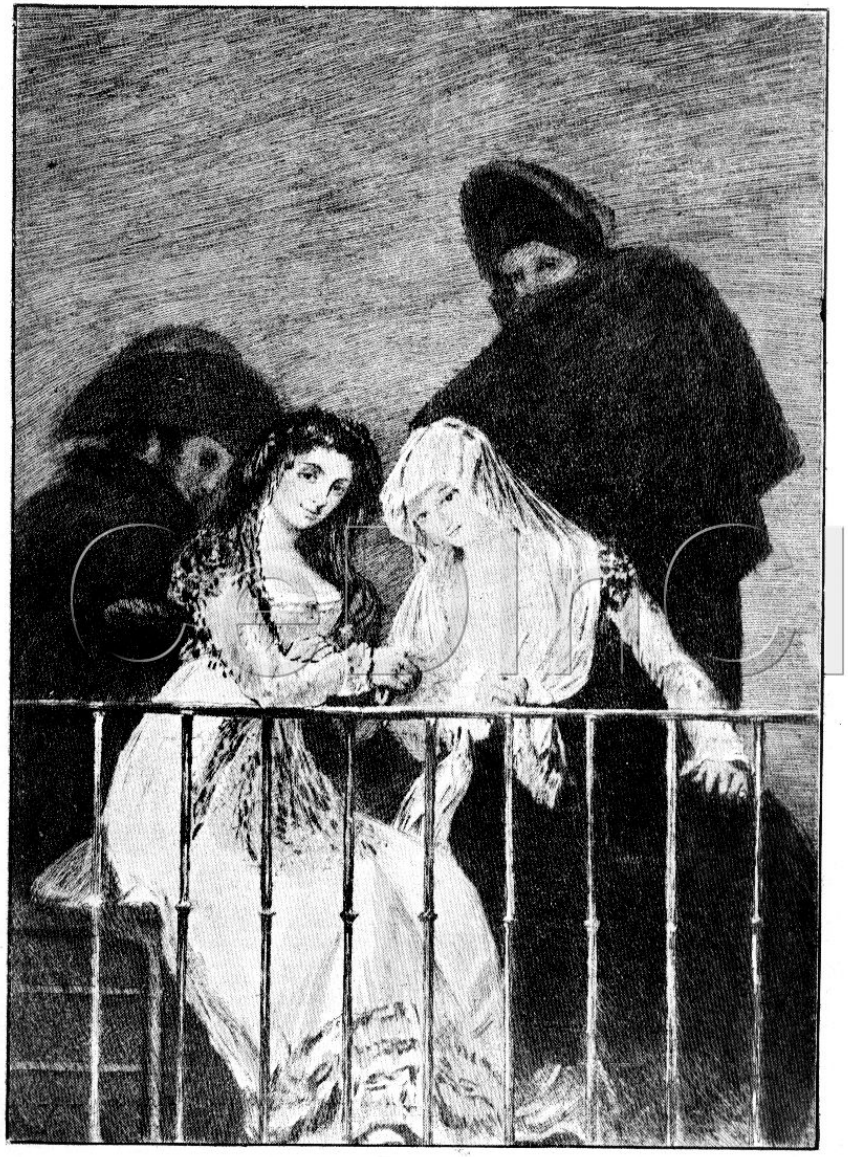
CRÍTICOS DE TRES POR CINCO

Dicen y yo no lo creo
que estudió veterinaria,
y dicen que el profesor,
cuando en clase le sacaba
para explicar de las bestias
las enfermedades varias
nosce te ipsum, le decía
arrojándole del aula.
Lo cierto es que hasta aquí vino
desde un pueblo de la Pampa,
con seis obras bajo el brazo,
tres sainetes y tres dramas.
Con los dramas se reían,
con los sainetes lloraban,
y cansado y aburrido
de escribir ***para las tablas***
sobre sus lomos echó
la crítica literaria.
Entró en un periodiquito
bisemanal, que tiraba
treinta números, contando
con la gente de la casa
y desde entonces ufano
allí escribe ó allí escarba,
alcanzando la pezuña
donde la mano no alcanza.
Su letra no es española,
ni inglesa: es letra ***bastarda***,
que los cajistas no entienden
y eso el critiquillo gana;
porque mejor que lo escrito
resulta siempre la errata.
Tiene un trono en el café
donde defeca macanas
en forma de teorías
artísticas y se guarda
azúcar para un pichicho
hambriento que tiene en casa
y que hace lo que su amo
casi todo el día: ladra.
Ladra y gruñe el critiquillo
y menos mal cuando charla;
porque hay un viento piadoso
que se lleva las palabras;
mas, cuando toma la pluma
se echa á temblar la gramática,
se retuerce el diccionario
de la lengua castellana
y de pavor las cuartillas
se ponen mucho más blancas.
¡Qué verguenza de país!
¡qué gran vivero de ranas!,
¡qué literatos ***pour rire!***.
¡qué críticos de camama!
¡Qué cómicos de la legua,
mejor dicho... ***de la cuadra***
á quienes para la ***idem***
hay que echar sin más tardanza!
Qué diputados pedantes
zánganos con mil del ala,
con más quinientos del pico
que cobran por no hacer nada!
¡Qué ***mandatarios*** risibles,
qué saineteros con daga.
¡Qué elegantes de cartón
qué castelares Cernadas!
¿Y esto es sociedad, señores?;
¿esta es nación soberana?
Esto es m.... caballeros,
y lo demás son macanas!

Por la semi copia

SANTOS VEGA.

Goya



Las Majas en el balcón

CeDInCI

Haz

Poeta campesino.

Yo estimo á este poeta campesino
libre de escuelas,
de neurastenia y otras cosas graves.
Le enseñaron el ritmo las estrellas,
sabe lenguas de pájaros, descifra
el coloquio del céfiro y la hoja,
y compone canciones muy amables,
acerca del amor de los romeros,
y anuncia en octosílabos pareados
que más de un almanaque envidiaría,
las lluvias, el ciclón ó las heladas.
Une la utilidad á la belleza.

—

¡Oh, sus versos, sus versos!
Son dulces y son suaves — miel y seda.
Huelen á fruta, á leche, á queso, á hogaza;
huelen á tierra que volvióse polvo
y amasó luego el chaparrón de una
siesta de Enero; huelen á tomillos;
huelen á moscatel, á pasto tierno;
huelen á viento que viene del monte;
huelen á nido, á paja, á menta, á trébol;
á hoja de eucalipto,
á humo de leña verde,
á res recién carneada,
á espuma de arroyuelo;
huelen á campo....
Versos del campo, versos familiares,
que se recitan por las noches, junto
á los leños chisporroteantes, versos
que se consultan como al confesor
ó á la adivina...

Sí, sí; yo estimo
á este poeta
libre de escuelas,
de neurastenia y de otras cosas graves.

Causa.

Tuve un sueño rojo.
Tuve un sueño trágico.

—

Sangre, sangre, sangre...
Desperté azorado.
Y era que me besabas en los párpados.

Amo...

Amo la hoja desprendida,
por leve, por errante, por sus revoloteos.
Amo el grano de arena
por su insignificancia en el desierto.
Amo la nube, la nube que pasa,
la poliforme nube que ambula.
Amo la ola —
la ola que ruje, y que, muriendo, arrulla..

—

Amo el humo, el humo imperseguible,
el humo que se agranda y que se achica
y va, viene, se enrosca,
se desenreda y se disipa...
Amo lo tenue, lo sutil, lo frágil,
lo evanescente — Ensueño, Lejanía...

Evocación.

El cuarteto de trémulos violines
va sollozando bajo mi ventana.
Raya el cristal azul de la mañana
la risa alegre de los chiquilines
del barrio que, en patrulla pintoresca,
lanzan al aire su vocinglería.
La calle tiene la policromía
de una festividad arrabalesca.

—

¡Oh, recuerdo infantil, suave y lejano!
Evoco la charanga discordante
de mi aldea natal. Y los chiquillos
y las cabriolas nuestras. Y el ufano,
barullero temblor del redoblante
y el rechino triunfal de los platillos...

Vuelo lírico.

Amo todos los viajes
que fingieron nuestras almas inquietas.
Amo la imprecisión de las viñetas
en un ideal desfile de paisajes.

—

(¡Oh, las noches de espera
en la desolación de los andenes!
Y la monotonía de los trenes...
Y esa comunidad con su carrera...)

—

Amo el ensueño sin itinerario
de nuestros corazones sin horario
sobre los parabólicos raíles.—

—

Aguila libre, del espacio hija,
desafiadora de la ruta fija
de los ferrocarriles.

Película.

Unidos
por el acaso y por la primavera
cruzamos la penumbra
y la serenidad de la calleja.
Era al caer de una rosada tarde.
Una tarde....
¿Recuerdas?
Por el cinematógrafo
de mi memoria, pasan las primeras
estrellas encendidas, parpadeantes
como pupilas lúbricas; la hilera,
ondulada y llorosa,
de las luces eléctricas;
la canción desgarrada de un pianillo
de manubrio, sobre alguna vereda;
la risa de un chiquillo; los coloquios
de amor en el regazo de las puertas;
el aroma sutil
de las enredaderas
de algunas tapias viejas,
y el monótono diálogo
de las roncas campanas de una iglesia,
volcando ante la noche
la protesta
de su vocinglería amortiguada
por la oración...
Era al caer de una rosada tarde.
Una tarde...
¿Recuerdas?

RAFAEL ALBERTO ARRIETA.

La Plata 1909.

Goya. — "Los caprichos"

¿De qué mal morirá?

Salubridad intelectual

Camilo Mauclair es, en la actualidad, uno de los escritores franceses más equilibrados. Dotado de una gran cultura, la serenidad de su juicio, deviene consecuencia natural del equilibrio de su espíritu. Porque busca en la realidad y porque á la realidad de los hechos atempera su juicio, Camilo Mauclair, no ha menester adentrarse en el conocimiento de los bajos fondos de la vida política francesa, para tener sobre ella una justa visión, que le permite conocer todos los defectos de la actual organización administrativa de su patria y capacitarse, al mismo tiempo, de los medios conducentes á que los defectos se subsanen y el cuerpo nacional se desentumezca, eliminando los parásitos para que las abejas del trabajo liben la miel de su actividad.

Tiempo atrás, Camilo Mauclair, cuya personalidad de crítico artístico es relevante, nos hablaba, en la *Revue des Deux-Mondes*, del peligro de la centralización absorbente, que en Francia constituye un principio de gangrena, que precisa atajar con toda urgencia, para impedir que se extienda y no sea menester una amputación que á la par que dolorosa, sería síntoma fatal de una decadencia irremediable. Estudiaba M. Mauclair los estragos que produce el encanto irresistible de la *Ville lumiére*, hacia la que todos se sienten atraídos, los unos para convertirse en parásitos del Estado, los otros para gozar del triunfo alcanzado después de una lucha titanesca, en la que es mayor el número de los vencidos, que el de los vencedores, y nos decía que París, no resume la vida francesa más que en lo que á la superficialidad de dicha vida se refiere. En cuanto á la escencialidad, en cuanto á la entraña de la vida francesa, aseguraba Camilo Mauclair que París no la resumía. Y no puede resumirla, porque quien haya prestado alguna atención al estudio de la vida parisiana habrá observado, que en París, lo que menos hay, es ambiente francés. París se desfrancesa—decía—y precisa que la provincia despierte, recobre su prestigio y con la descentralización adquiera nuevo vigor el cuerpo nacional, al desentumecerse los miembros anquilosados.

Esta opinión de Camilo Mauclair, no es una opinión aislada. De dia en dia, van surgiendo en Francia, señalándose el fenómeno con mayor intensidad en la región del Midi—hombres políticos, literatos, escritores, que se dan cuenta del peligro y reclaman para las regiones aquella libertad de iniciativa y aquella posesión de medios que les son necesarios, para poder vigorizar el cuerpo de la República, impidiendo que toda la vida se concentre en el ambiente escéptico y desequilibrado de la capital galante, nido de cocotas y de apaches.

Nuevamente viene ahora á desarrollar en el terreno artístico, Camilo Mauclair, su aspiración descentralizadora. Muy sériamente y no para que pueda creerse que se trata de una proposición algo paradógica, sostiene Camilo Mauclair que ha llegado el momento de hacer un alto en la creación de instituciones para el fomento de las artes y pide que en lugar de animar á los que pretendan seguir la carrera artística, se les desaliente, se les desanime disuadiendo á los que vienen á aumentar indirectamente la instrucción nefasta de los que por pasatiempo emprenden la carrera ingrata, difícil y noble de las letras. «Hay demasiados pintores, demasiados escritores, pianistas, escultores, cantantes»—dice.—Precisa la creación de una sociedad benemérita en lugar de fomentar las artes, para agravar la crisis de la sobreproducción artística, desaliente á los que pretendan ser artistas, con objeto de remediar la crisis angustiosa en que nos hallamos».

Claro es que Camilo Mauclair hace una excepción lógica: «Restringir la sobreproducción —dice—sería criminal, si de esta restricción se hiciera víctimas á los verdaderos talentos. Pero impedir que se lancen á la dura carrera de las artes aquellos que no sienten muy imperiosamente la necesidad de exteriorizar su inspiración, es un apostolado moral que debe desarrollarse».

Y sentada esta declaración, Camilo Mauclair entra de lleno en el desarrollo de su aspiración descentralizadora y dice:

«Este apostolado, no será eficaz más que el día en que la descentralización aparezca á todos, como una medida de salubridad intelectual del país, el día en que el buen sentido nacional terminará con esta peregrinación incesante hacia Paris, esta nube que es apoplegía que coagula en la metrópoli, obstruída de ideas calenturientas, toda la sangre de Francia. Esta será la gran obra de la provincia.

En la provincia, sólo en ella, se encuentran aún seres que, sin idea de vanidad ó de lucro ni absurdo deseo de notoriedad, piden al arte lo que puede darles la higiene del espíritu, la elevación del alma, la expansión de la sensibilidad, la comunión con la naturaleza. Para ellos, el arte no es un medio para brillar, si no una vocación y un bien, el ornamento de una vida sencilla y silenciosa y como que no se dejan dominar por las intranquilidades y por la inmoralidad del arribismo, adquieren tal dominio, que su seguridad técnica asombra y encanta. A estos modestos y sinceros se debe que aún esté vivo en nuestro país el sentido de arte, mientras que en Paris, el talento que inocentemente busca una *consagración*, se corrompe por la inquietud y el excepticismo ambientes, se diluye en el éxito fácil ó se anula en la competencia feroz. Son estos los que debieran encargarse de desanimar á los jovenes ambiciosos, indicándoles que la sobreproducción, es un peligro público, que el *metier* artístico es penoso para la vida y agotante para el espíritu y que todo mediocre, que renuncia á tiempo, se evita una desilusión futura y deja un puesto vacante á quien lo merezca más que él. Este acto de contricción y de valor, este acto sano, sólo es capaz de realizarlo la provincia. La descentralización será, ante todo, una disminución de la vanidad pública».

A.

Goya. — "Los caprichos"

Todos caerán

De "Poemas del campo y de la montaña"

CANCIONES

LA CANCIÓN INTERIOR

Con su razón y ley, mi espíritu es un Don
Quijote de la Mancha, muy noble; consecuente
Con su ambigua estructura de inmortal y viviente
Y con los mandamientos de la Imaginación.

—

En el combate ilustre su campo es la ilusión.
Conquistador, su ínsula es un ideal presente,
Y soñador, ignora la lógica prudente
De las cosas que mira y que en verdad no son...

—

Sus frecuentes andanzas pródigas en sorpresas
Le han tallado el instinto de las arduas empresas
Y cada día absorta su galopar certero.

—

Y al tornar cada día pletórico de engaños,
Por la boca del Cura háblanle sus veinte años
Y el sentido común por labios del Barbero...

LA CANCIÓN Á LA AUSENTE

En el jardín que tuve—fresca fronda florida—
Perdura el angustioso clamor de esa partida.
No habrá un adiós más lúgubre que el de su [despedida
Ni una vida tan buena como lo fué su vida.

—

Era en mi infancia cuando no conocía el mal,
Mi vida florecía su jardín matinal,
Sonaba mi alegría su vibrante timbal
Y mi alma era sencilla como una pastoral.

—

Para cantar su canto de alegría sonora,
Mi ruiseñor aguarda tu regreso, señora,
La suplicante fronda te espera hora por hora,

—

Vuelve, señora, vuelve! Desde que tu partiste,
Aunque el jovial perfume de tu paso subsiste,
El día es largo y triste, y la noche es más triste.

LA CANCIÓN DEL INTRÉPIDO VIAJERO

Iniciaba mis pasos hacia la gran montaña.
La hora matinal instigaba mis pasos,
Y seguía, certero, con rumbo á los ocasos
Distantes donde alzaba su perfil la montaña.

—

«Llegué.—Mis grandes sueños vivían todavía—
El sol, vasto de gloria, esclareció mi frente.
Vencedor, en la cumbre, contemplé el occidente,
Y ví erguirse otra cúspide más alta todavía.

—

«Como un viento de gloria instigara mis pasos,
Vencí los arduos límites de remotos ocasos,
En pos de una montaña, en pos de otra montaña.

—

«Y como en cada cumbre, sobre el mismo occidente
El sol alumbra una nueva cumbre á mi frente,
Me lanzo á la conquista de esa nueva montaña!»

LA CANCIÓN OPTIMISTA DEL MENDIGO

Cuando yo era mendigo, mi vida era ligera.
El amor y el dolor me colmaban de dones;
Respetaba el silencio mis humildes canciones
Y el invierno mi fe por una primavera.

—

«Mi ubicuidad puntuaba todas las extensiones,
Agil en su albedrío sin prescripción severa;
Y era feliz por qué tenía una quimera
Para hilar y tejer con mis lamentaciones.

—

«Cuando yo era mendigo, por todos los senderos
Me saludaba el Bien; sabía los sinceros
Rumbos del horizonte por el buen sol, mi amigo.

—

«La Luna era una hermana; la Noche mi hospital.
Y mi alma era un pájaro vibrante y matinal,
En los años aquellos, cuando yo era mendigo....»

LA CANCIÓN DEL VIAJERO INDECISO

Desde mi corazón que es como un astro nuevo,
Con amor y dolor para palpar la vida,
Madre Naturaleza, mi oración más sentida
Y mis cantos unánimes hacia tu cumbre elevo.

—

«En mi anterior vivir cuando era en un medioevo
Sin misal y sin claustro, tu campaña florida,
Naturaleza, y tu cordillera abstraída,
Me hacían disfrutar de un reír que hoy repruebo.

—

«Yo no tengo la culpa de haber nacido así.
Es el carbón diamante ó es la sangre rubí.
La Vida como á ellos, mis dos senderos hizo.

—

«Y en los rumbos distintos en que estoy y no estoy,
Soy como Adán, y huyendo del Paraíso voy,
Soy como Adán, y busco ferviente el Paraíso.

LA CANCIÓN DEL PESIMISTA

He colmado mi joven cáliz lacrimatorio,
Soportando esta cruz de dolor que me obsede:
La voluntad inútil de alcanzar lo ilusorio
Y la cabal conciencia de lo que en mí sucede.

—

«Admirar en las cumbres un signo auspiciatorio
Con mi alma que á las cumbres remontarse no [puede;
Descender á las noches del abismo expiatorio
Con mi alma que ante el vértigo funeral retrocede.

—

«Sentir como perduran su clamor las campanas;
Contemplar, suplicantes de sed, mis caravanas
De sueños, que agonizan sin llegar al destino;

—

«Saber que me persigue con pasos reposados
Y certeros, el Mal; y que al fin del camino,
Alguién, fatal, me espera con los brazos cruzados...»

MARIO BRAVO.

Goya. — "Los caprichos"

Ruega por ella

La plazoleta de los fracasados

Es una de esas plazoletas melancólicas de un barrio solitario, rodeada de bancos de piedra, que tienen un ambiente provincial, y sobre la cual caen de vez en vez las lentas campanadas de las vísperas, con un clamoreo ensoñador y místico. Tiene acaso un balcón florido que da la amable sensación de una mano blanca de mujer, y también algún arbolillo desmedrado y triste ó una antigua fontana que vierte, hilo á hilo, la dulzura de su monotonía.

En la hora sedante del crepúsculo toma un aspecto severo y arcáico de yerma ciudad castellana, que evoca el heróico redoblar del Romancero ó la sandalia de Teresa de Avila, la celeste doctora, y vaga en su gran paz un perfume antiguo de penas olvidadas y de encantos añejos.

A este paraje apartado y romántico acuden todas las tardes los melancólicos fracasados de todos los ideales, los soñadores de las áureas apoteósis que han visto hundirse la leyenda de sus vidas en la bahorrina de la vulgaridad, en el vacío de un vivir abrumadoramente cotidiano.

Se conocen de todos los días, galeotes de una misma cadena, sombríos discípulos de un mismo maestro, el inmortal Dolor, y entre ellos se ha hecho una suave simpatía consoladora Hay un viejo militar invalidado la primera vez que entró en campaña; él quizás tenía una visión homérica de la vida, soñaba con el laurel del héroe, con el botín y la aventura, y todo su ensueño fracasó en el momento inicial por la crueldad de una bala perdida que le negó el triunfo de una bella muerte, y le condenó á arrastrar una hórrida y grotesca pata de palo, cuyo seco y monorritmico golpear es un irónico estribillo á la galana bizarría de su ideal truncado.

Después ha visto cómo se deslizaban sus días, sin ambición, monótonos y fríos, en el alma, la honda amargura de las renunciaciones.

—¡Si al menos la bala me hubiera buscado el corazón!

Y sus ojos se tornan hacia los años juveniles, florecidos de hazañas imaginadas, en las que sonaban las trompetas de la Gloria.

Llega despues un hombrecillo torvo y desaliñado, tocado con un chapeo raído que cubre su calva de santo, ancha y reluciente. Es un inventor desgraciado.

Había trabajado día y noche en su taller, renunciando á los holgorios de la mocedad, al regalo de la hembra y á toda dulzura de los sentidos. Empleó su pequeña fortuna en el trabajo y en el estudio, hasta obtener una nueva máquina de escribir, superior y perfecta. Después, comenzó el peregrinaje por las oficinas en pos de la soñada patente, que era su riqueza futura, y al cabo de amargas andanzas se mofaron de él, de su invento y de su calva, y los ujieres le echaron al arroyo con vayas y sin razones. En el café, en la calle, á solas con las fementidas tapias de su mechinal solitario, peroraba con esa exaltación de loco de los inventores. Y ya le oían impasibles, le brindaban protecciones quiméricas ó se le reían en sus barbas.

—¡Ya ve usted, se burlaban de aquello que me había costado mi fortuna, mi cerebro y mi juventud!

Y cierra los ojillos grises y casi ciegos, tal vez para restañar una lágrima.

Luego una arrogante mujer enlutada, con aires de gran dama, que saluda con cierta gracia señorial. Tiene la belleza fuerte y calina de la madurez; el luengo manto vela apenas su cara algo marchita, donde arden los ojos negros con una llama de locura bella y eterna.

Al comienzo todos la creyeron viuda; no era sino una virgen vetusta que consumía su corazón y su virginidad en el ara de un ideal remoto é imposible, como esas lámparas de la devoción que se extinguen tristemente ante una hornacina olvidada. Allá en los verdes años de su galana adolescencia, amó con bravura y firmeza de corazón, á un bello aventurero romántico y audaz, que se fué hacia las tierras fecundas del sol, nauta de lo imprevisto, conquistador de la casualidad. El dijo que volvería y ella le aguardó. Interrogó al horizonte todas las mañanas, sintió caer todas las horas de cada día, todas las desesperanzas de cada año, y el amado no volvió más. Pero ella le esperará siempre, hasta que la muerte toque sus ojos con sus dedos de niebla y prolongue el ensueño de toda su vida.

Y cruza sus manos pálidas de monja sobre el raso litúrgico de su traje. Manos transparentes y puras, que parecen hechas para filigranar ex votos de santos y capas pluviales; ojos fanatizados en torno de los que las largas vigilias, huérfanas de besos, han florecido en sedeñas ojeras violeta, como dos flores de fiebre y de locura; alma noble y extática, donde el amor es una rosa casta é inmortal.

Y cuando un soplo de brisa arrastra alguna hoja muerta, la viuda ideal la sigue intensamente, quizás comprendiendo que la aproximación del otoño tiene para ciertas almas un melancólico valor emblemático.

Mas luego, entre otros que ocultan el secreto de su fracaso, arriba la carátula ridícula y triste de un viejo farandulero. Aún recuerda con llanto de regocijo los días buenos en que él fué don Juan y Mamfredo, Sullivan y D. Alvaro.

Estos héroes le dieron el prestigio de su poder imaginario entre bambalinas y oropel, y pusieron un poco de oro de leyenda en su vivir menesteroso, á cuyas puertas solía llamar el Hambre con su puño espectral. Después, el aguardiente y los años anularon sus facultades, y el torso, que latió enorgullecido bajo la cota de acero de Ruy Díaz, se abatió en curva claudicante en demanda de las dos pesetas, en esas lamentables aulas de picardía y de dolor que están siempre abiertas en las aceras de la corte.

Y llegan otros, desarrapados y tristes, inválidos de cuerpo y ulcerados de corazón, inventores preteridos, soldados sin fortuna, viejas meretrices, traductores, poetas vitaliciamente inéditos, todas las almas en sombras, y los perfiles contorcidos de los fracasados del arte, del amor y de la vida.

Y gustan de esta solitaria plazoleta, que tiene un aroma antiguo de lágrimas enjugadas, de flores secas y de dolores resignados, donde hay un arbolillo triste y torcido y un balcón con flores, y en donde en la hora dulce del crespúsculo, suena acaso un piano tocado por una bella y desconocida mujer, de lentas y melancólicas melodías á las que las almas en ruina de los fracasados ponen talvez la letra de su íntimo dolor.

EMILIO CARRÉRE.

Montañeses y llaneros

Aquella mañana, el hato estaba diseminado por el parque de árboles frutales que verdeaba elevándose sobre las casas de la hacienda, y sombreando los cañaverales y el cafetal.

No diré que era un dia de primavera, porque todos los del año lo son en esa parte de Sud-América; pero si que era una alborada excepcionalmente diáfana y musical.

El aguacero de la noche anterior había pulimentado todas las escalas de verdura en las frondas y bruñido los oros y carmines de las frutas maduras.

El sol se había empinado ya sobre la marejada hojosa de la montaña circundante, y sus dardos difundían por la atmósfera de la hondonada ese palpitar fino de cristal aéreo que precede á la reverberación canicular del trópico.

Rimaban con tan variado colorido la algazara cristalina de los turpiales, el parloteo aflautado de los *pericos* en el maizal cercano, el rezongar truhanesco de los monos gimnastas, el clarín lúbrico de los potros juguetones y el berrido jubiloso de los terneros al distinguir entre el clamoreo humeante de las vacas lecheras la voz de la madre enronquecida por la congoja maternal.

Por sobre toda aquella abigarrada algarabía de los despertares tórridos, triunfaba también agreste y espontánea la canción de las muchachas campesinas, que en ese momento buscaban bajo los árboles del parque á las vacas que debían ordeñar.

Tipo de todas esas labriegas colombianas —que á ninguna iba en zaga por lo garrida y cantadora— era Jacinta, moza de diez y ocho años, cuya carnación de manzana no podía haber sido pulida con rosas, sino por el aire de la montaña.

Era la hija mimada de Focion, antiguo lancero de la Guardia Colombiana, quien cuando quiso gozar en paz de su vejez, tuvo la *excelente* idea de contratarse como matador de tigres en aquella hacienda, de propiedad de su antiguo general.

Sólo allí creyó calmar sus nostalgias de cuartel.

Se la pasaba rondando por los atajos limítrofes con la selva bravía, y si en las noches llegaba á sus oidos el bramido de una fiera, saltaba sobre su caballo, lanza en ristre, como antaño lo hiciera al escuchar el clarín del campamento.

Dentro de su recato de virgen zahareña, el donaire marcial heredado de su padre acrecía los atractivos de Jacinta.

Bajo el bordado de su camisa, que le sombreaba con arabescos el mármol votivo para la cruz de plata de su rosario, el seno se arqueaba como á impulso de una ola de vida libre y poderosa. Sus pies rosados de paloma, opresos entre alpargatas blancas, se asentaban sobre el césped con una firmeza cimbreante, reveladora de veladas maravillas de Carrara.

—*¡Azucena! ¡Azucena! ¡P' onde anda la Azucena!* — gritaba Jacinta, buscando con sus ojazos negros de ternera á una de sus vacas favoritas que ella llamaba de ese modo.

La ingenua intimidad de aquellas zagalas con la Naturaleza es un espectáculo muy bello.

Azucena, que era una hermosa novilla blanca de ojos negros, conoció quizá la voz de su amiguita Jacinta, porque se detuvo á pocos pasos de distancia, parando una de las orejas en señal de saludo y envolviendo á la pastora con una mirada de placideces soñadoras.

Un bramido tembloroso, que le salió de lo más hondo del corazón y le contrajo las entrañas, fué señal de que también acababa de reconocer á su hijo tras los árboles del parque, conducido desde la corraleja por un robusto mocetón en mangas de camisa.

La prontitud con que Tobías acudió con el ternero al grito de Jacinta, y más que todo el ademán respetuoso y tímido para entregar á ésta un manojo de rosas silvestres, eran síntoma seguro del idilio escondido en ese pecho.

Mientras él maneaba á *Azucena* para que Jacinta procediera á ordeñarla, ésta se acurrucaba con sus escudillas y batea, hundiendo el rostro sonrojado en las rosas, húmedas todavía con el rocío matinal.

Tras palabras cariñosas y una familiar palmada en el anca lucia de la vaca, Jacinta acercó la jeta del ternero á la ubre para que *llamara la leche*, no sin que al retirarlo con esfuerzo y amarrarlo al brazo de la madre, el pequeño bruto alcanzara aplicar un lengüetazo voraz en los labios de la pastora, quien le castigó la insolencia con un revés en el hocico y un *¡tesa, jeróstico garoso!* que hizo pasar saliva al embelesado jayán.

Uniéndose luego al coro de las demás cantadoras dispersas bajo el naranjal, y acompasándose con el sonido rítmico de los chorros de leche al levantar borbollones de espuma en la vasija, Jacinta entonó con voz fresca y vibrante este canto picaresco:

Vos decís que me querés,
y te hacés indijerente.
¡No seas tan que jiera maña!
¡No seas tan puenteramente!

Blás, otro joven labriego de los más decidores de la hacienda, *barbeaba* á un terne-

Goya. — "Los caprichos"

Ya van desplumados

ro á pocos pasos de Jacinta, y al acabar ésta su trova, clavó en el ramo de rosas una mirada de acero, y atisbando de soslayo á su rival Tobias, cantó de esta manera:

Dios guarde á la ña Jacinta
de ese montuno traidor,
que sólo con florecitas
quiere robarme su amor.

Entre Blas y Tobias ocurrian á cada momento escenas de celos por Jacinta, que sólo la estricta disciplina de la hacienda logra ba atenuar. Debido á esa malquerencia por el amor de la pastora, se hab'a amargado entre ellos la rivalidad, entre montañeses y llaneros, pues Blas era hijo de la llanura, al paso que Tobias habia nacido en la montaña, y á cuidar el ganado cerril de esas regiones estaba destinado.

Al oir la pulla del rival intruso, Tobias se puso pálido, rayó el césped con el recatón de su garrote, y dando media vuelta tomó camino de la montaña, cantando con voz trémula:

Si por el patrón no juera,
¡qué tunda la que le diera!

Ya el bullicio de las faenas de la tarde se habia extinguido casi por completo.

La luna habia transpuesto la montaña, y en la dilatada penumbra del valle predominaban Las manchas blanquecinas de los cafetales en flor.

El cañaveral se mecia con susurro de seda, y se iluminaba á trechos con el parpadeo diamantino de millares de luciérnagas.

Con intermitente monotonia, el trapiche cercano mezclaba sus crujidos al aullar de los perros en los bohios vecinos, al coro de sapos huecos y á la rechinante chirimia de las chicharras.

Después de la merienda, los trabajadores se habian instalado en grupos sobre las bolsas de café, alineadas en los anchos corredores que circundaban el gran patio de las casas de la hacienda.

Algunos hablaban como de igual á igual de los animales que habian lidiado en el dia; otros contaban sus aventuras en la montaña y los más se acompañaban con sus tiples y guitarras las trovas que se dirigian de grupo á grupo.

En uno de los corredores, el viejo Foción referia por la millonesima vez á su hija y á las amigas de ésta sus hazañas de soldado.

Las viejas aventadoras de café hablaban con los niños acerca de las apariciones de *Mandinga*, cuando no de los maleficios de ojos de la brujas *cudinas*.

Arriba, en los corredores del piso alto, la familia del patrón, instalada en sillas mecedoras, comentaba alegremente el lenguaje pintoresco de los peones.

De repente, tras corta pausa de silencio, Tobias, de entre uno de los grupos más numerosos, lanzó el grito prolongado que usan como preludio de la canción, y rasgueando melancolicamente el tiple cantó asi:

El tiple que estoy tocando
tiene boca y sabe hablar;
solo le faltan los ojos
para ayudarme á llorar.

Todos comprendieron que aquella se dirigia á Jacinta, é instintivamente buscaron con la vista el grupo donde estaba Blas.

No tardó é-te en lanzar también su grito largo de preludio, y bordoneando una guitarra dijo con voz vibrante:

El garrote que yo cargo
es d.ro y sabe apalear
al nene de la montaña
para que pueda llorar.

Los rumores que siguieron á esta estrofa, indicaban que los oyentes estaban todos interesados en el torneo; y sobre todo, que acababan de encenderse sus rivalidades de montañeses y llaneros, pues así lo demostraba esta estrofa que cantó con voz firme otro de los mocetones:

En la llanura se esconde
el pajonal y el ratón,
pero allá arriba en el monte
vive entre robles el leon.

Tras un agitado comentario entre los llaneros, Blas cantó con mal disimulada ira:

Si es el montuno tan jiera,
yo lo quiero ver capiar
dentro de una corraleja
al toro que he de torear.

Un aplauso ruidoso se propagó por todos los corredores.

Esa trova daria lugar á la fiesta más interesante en esos campos: el duelo á torear

Como la disciplina en esas casas de campaña que conservan aún el rigor de los antiguos feudos señoriales es tan estricta, nunca llega el caso de que dos hombres se vayan á las manos dentro de la hacienda. Lo que hacen generalmente es desafiarse *pa cuando suban al pueblo*, ó apelar, como recurso extremo, á la prueba de torear los contendientes al toro más feroz, hasta que uno de los dos quede fuera de combate.

Esta costumbre es quizá reminiscencia del *juicio* de Dios medioeval, en armonia con el heredado gusto por el toreo y con la reliquia hidalga de las justas tradicionales.

La contestación de Tobias, cantada á voz en cuello, no hizo sinó complementar los trámites del duelo y encender más el entusiasmo.

He de mirar al llanero
tan lamido y jundillón,
bajo el jocico del toro
que nos diga ñor Foción.

Naturalmente, ñor Foción habia seguido con interés las peripecias del reto, y al oirse nombrar juez de armas por sus futuros yernos, se incorporó sobre una bolsa de café y aplaudió como un frenetico con sus manos descomunales.

Aquello iba á ser el colmo de su gloria: la hija de un matador de tigres, disputada en la arena de la lucha por dos bravos mocetones, al frente de *Relámpago*, toro muchas veces asesino, que el viejo ya tenia elegido para la lidia proyectada.

Jacinta se *arrebiató*, como ella decia, á la voluntad de su *taita*, cantando con voz triunfal:

Si se han de ranchar asina
de mal modosos los dos,
¡velay! que el toro decida
por la voluntá de Dios ..

Las últimas notas de este canto trágico fueron ahogadas por el tañido de la campana de la hacienda, que en ese instante se bambaleaba en el campanario de la capilla señorial, dando para los trabajadores el toque de queda.

* * *

Al año siguiente, cuando yo descendia por el sendero de la montaña para ir á gozar de mis vacaciones en esa casa de campo, Tobias y Jacinta timidamente salieron á la vera del camino para pedirme que les visitara su bohio, recien construido con palmitas de cocoteros bajo un roble centenario.

Abajo, en la llanura, encontré una gran piedra medio oculta por el cañaveral, y sobre ella esta inscripción, grabada á cincel por uno de los canteros de la hacienda:

«Blas Fernández — † á los 25 años. — Una cornada de *Relámpago*.» EDUARDO TALERO

El refugio de Luzbel

Luzbel estaba en el infierno. Tenia una casa de banco, con un buen gerente, con mucho empleados, y se divertia en comprar almas al tanto por ciento.

Llegó á tierra precedido de una gran fama:

—Los ojos de Luzbel.—Los cuernos de Luzbel.—La cola de Luzbel... Y las mugeres se morian de gozo cuando Luzbel las cortejaba porqué Luzbel era un gran enamorado y los hombres se morian de alegres cuando Luzbel los atendia porqué Luzbel era un gran ceremonioso. El caso es que Luzbel ha aprovechado un momento, se ha ido y nadie sabe donde está.

—Oh, picaro Luzbel, han dicho las gentes, oh, picaro Luzbel!

La otra noche he sentido el choque de dos navajas y el ¡ay! del moribundo. He visto el centellear de las pupilas, lo diabólico del visaje y he dicho como las buenas gentes:—Oh, picaro Luzbel, oh, picaro Luzbel!

Y las gentes se matan y se roban y se insultan y no han podido dar con el paradero de Luzbel.

Yo también me he preguntado, oh, picaro, dónde estás?

Y una voz interior me ha dicho: —aqui.

JORGE WALTER PERKINS.

Versículos á la amada

I.— ¡Apresúrate, corazón amado de mis amores! La patria del dolor es la de mis ojos, que se han puesto lejanos y tristes como pájaros que marchan hacia la primavera. Antes eran suaves como el cuello del corcel á la mano.

II.— Y mis manos ¡oh alma beatriz de mis cantares! están como vueltas para recoger gotas celestes, y están de frias y de inmóviles que si las miro me acuerdo de los muertos!

III.— Y lloro entónces la tristeza de mis ojos, el mal de mis ojos; y sufro por mis manos de pálido con un sufrir que me parece antiguo...

IV.— Oye la palabra cantada de los vientos y sabrás que mi corazón parece envuelto en tela fúnebre y en amargura de lugares vistos en humedad la última vez. Y te parecerá este corazón mío, cosa engendrada cerca de flores secas ó de pájaros despertados en la medianoche de la selva.

V.— Y el alma mía ha de parecerte la cara de aquel que llora y ríe durmiendo; una cara sin esperanza y sin sombra.

VI.— ¡Apresúrate, corazón amado de mis amores!

Mis labios gimen tu luminoso nombre, aguardan tus ojos curvados como el cielo, la juventud de tus ojos y la juventud de tus senos; los aros azules de tus venas y tu vientre joven.

VII.— Eres libro y palabra, anuncio y ley, verso y lágrima de mi corazón.

VIII.—Mariposa del polvo de las flores: el color de tu carne es el color del oro, y el gusto de tu carne el primer gusto.

IX.— Tú me eres saludable como mis visitas de árboles, y como el mirarme de los pájaros de mi casa. ¡Ven á mi casa! ¡Ven á tocar las plantas pequeñas de mi casa! Tú tienes manos como para jugar con las estrellas.

X.— Que así te amo yo, pues debes haber sido hecha antes de que se llorara la primera muerte de madre. Y eres de mi corazón, y de mi alma porque mi madre te bendecirá y pedirá para tí el perfecto consuelo y la medida del desear y bocas de novias para tu sermón de agonía y ataúd de vidrio para tu muerte.

XI.— Y pedirá mi canto fúnebre, y con él lloraremos mis amigos y yo;

XII.— Y diré al fin:

¡Llorad, ojos de mi madre, llorad toda la noche!

JUAN PEDRO CALOU.

Goya. — "Los caprichos"

Duendecitos

Terrenos

GRATIS

La Cotizadora de Figuritas

Nicolás Selva

473 - CORRIENTES - 473 - Buenos Aires

UNICA CASA AUTORIZADA PARA EL CANJE DE LAS FIGURITAS MONTERREY

Por cada 50 figuritas Monterrey de borde celeste, actualmente en circulación, entrega una vara cuadrada de terreno dentro de la Capital Federal. Hay lotes de 250 á 600 varas. Es el premio más importante ofrecido hasta hoy, pues nadie ignora el valor de los terrenos ubicados en la Capital.

Por cada 50 figuritas se retira un vale provisorio y cuando se tenga la cantidad suficiente para obtener un lote, se escritura en el acto. Hay para regalar más de un millón de varas.

Administración: P. Unidas 2791, Buenos Aires. — **Número suelto: 20 cent.**

EST. TIP. ERNESTO MALENA, CUYO 2021